

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA CUARTO

La Esperanza de la Virgen

Es en esta virtud que se apoya totalmente en la fe. Ya vimos ayer cómo la fe de María fue sin comparación mayor que la de todos los hombres y ángeles juntos. Así fue también su esperanza. Las dos virtudes estuvieron en María a la misma altura. Los anhelos incontenibles que sentía el pueblo judío de un Libertador, hallaron eco en el corazón de la Santísima Virgen, la cual todos los días pedía al cielo que lloviesen pronto las nubes al Justo. Esperanza de ser auxiliada por Dios tenía María, cuando San José no alcanzaba a comprender el misterio de la Encarnación de Jesús.

Esperanza de ser escuchada por su Hijo cuando ordenó a los criados en las Bodas de Caná: “Haced lo que Él os mande”. Esperanza de ver a Jesús resucitado, cuando oía las quejas de desconfianza de los Apóstoles. Esperanza de ir a reunirse con Dios en el Cielo, cuando el Señor entró en el triunfador en su Ascensión gloriosa. Consideramos, pues, cómo la esperanza es la virtud que alienta a María en los sufrimientos y que nos sostendrá a nosotros en los azares de la vida. Depositemos siempre nuestra confianza plenamente en Dios.

MÁXIMA: Aunque me quite la vida el Señor, en Él esperaré. (Job. 13,15)

PROPÓSITO: Por muchos que sean tus pecados, nunca desesperes. Acude con confianza a la Virgen del Cubillo y Ella te ayudará.

Tres saluciones a la Virgen Santa María del Cubillo, Madre de Dios

Primera salutación: Yo te venero de todo corazón, Virgen Santísima, sobre todos los ángeles y santos del Paraíso, Hija especialmente elegida del Eterno Padre, y te consagro mi alma con todas sus potencias.

AVE MARÍA

Segunda salutación: Yo te venero de todo corazón, Virgen Santísima, sobre todos los ángeles y santos del Paraíso, Madre del Unigénito Hijo de Dios, y te consagro mi cuerpo con todos sus sentidos.

AVE MARÍA

Tercera salutación: Yo te venero de todo corazón, Virgen Santísima, sobre todos los ángeles y santos del Paraíso, Esposa Predilecta del Espíritu Santo, y te consagro mi corazón con todos sus afectos, rogándote al propio tiempo me alcances de la Santísima Trinidad todos los auxilios que necesito para conseguir mi eterna salvación.

AVE MARÍA

¡Bendita sea por siempre la Virgen Santa María del Cubillo, Madre de Dios! (Ahora pídase a la Santísima Virgen la gracia especial que se desee alcanzar por su valimiento)

EJEMPLO

Antonio Muñiva Flores, natural de Aldeavieja, vivía en el año 1656 en un pueblecito de León llamado Maraña. Su afición a la caza mayor era grande... hasta el punto que esta especie de pasión por las aventuras que consigo siempre lleva la cacería, le metió algunas veces en apuros insospechados y peligrosos. Se propuso Antonio un día escalar los Picos de Murias, que son las sierras más altas y elevadas de las montañas de León, con el fin de explorar aquellos montes para la caza de rebecos o cabras montesas. Y en efecto, iba este aventurado cazador con su escopeta sobre el brazo y al ver una manada de estas cabras montesas que huían vertiginosamente por los lugares más abruscos de la sierra... echó él a correr con el fin de tomar posición para el acecho. Pero he aquí que estos animales en su huida transpusieron la misma cumbre de aquel monte empinado y nubloso.

Y Antonio que corría con afición y desasosiego, al saltar de roca en roca, tuvo la desgracia de rodar por una abertura o canalón del monte, donde había un ventisquero imponente de nieve de muchos metros de profundidad, cortado a plomo desde la cima de la sierra.

En este trance, no de peligro, si no de muerte certera, se encomendó Antonio a la Madre de Dios, a la Virgen Santa María del Cubillo y milagrosamente se encontró aislado a un peñasco que se descubría en el ventisquero.

En agradecimiento mandó pintar un cuadro exvoto que se conserva en nuestros días en el Santuario de la Virgen del Cubillo. Ocurrió este hecho milagroso en el año 1656.

Oración final para todos los días

¡Virgen Santísima del Cubillo! Tú que eres la mediadora de todas las gracias que se conceden a los hombres, míranos propicia desde ese solio donde te ha colocado el amor. Venimos a expresarte nuestra gratitud por los favores que nos has dispensado y a pedirte nos sigas prestando tu ayuda poderosa. Protege a la Santa Iglesia; vela sobre la sagrada persona del Romano Pontífice que en nombre de Jesús la dirige; da el esfuerzo necesario a los misioneros para que lleven a los infieles la luz del Evangelio; mueve a penitencia los corazones de los herejes y de los pecadores; aumenta la caridad en las almas justas y concédenos a todos nosotros una santa muerte, en la cual vengas a recoger nuestra alma en tus brazos maternales para presentarla ante el trono de la Santísima Trinidad. Amén.

Oración de San Bernardo

¡Acordaos, oh piadosísima Virgen María! que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestra asistencia y reclamando vuestro socorro haya sido abandonado de Vos. Animado con esta confianza, a Vos también acudo ¡oh Madre, Virgen de las Vírgenes! y aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo a aparecer ante vuestra presencia, sobrenada. No desechéis ¡oh Madre de Dios!, mis humildes súplicas, antes bien inclinad a ella vuestros oídos y dignaos atenderlas favorablemente. Amén.